

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

*Tema: Alabaré al Señor en toda mi vida –
Salmo 146
(10 días)*

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

Salmo 146:1-10

¡Aleluya!

Cuando preguntamos a la gente sobre el lema de su vida, encontramos puntos de vista muy diferentes: “Punto principal la salud”; “Juntos en vez de enfrentarse”; “Disfruta del momento”; “Conserve la creación” y otros. ¿Cómo respondería usted?

El orador del salmo 146 se fijó como meta: “Alabaré al Señor en toda mi vida”. En el texto original lo dice aún más preciso: “llenando mi vida con esto”. Nuestro salmo comienza con “¡Aleluya!”, una palabra que en todos los idiomas suena igual y significa ¡alabad al Señor! A continuación se anima a sí mismo alabar al Señor.

Esta determinación tiene su vigencia hasta el día de hoy, pero nuestros días no siempre son así que nos sintamos motivados para un “Aleluya”. A veces comienzan con pensamientos de preocupación, con problemas insolubles o con tristeza. Entonces un “Aleluya” parece tan inoportuno como un “¡ánimo!”

Pero entre estas dos invitaciones existe una gran diferencia. Un “¡ánimo, todo irá mejor!” puede ser intencionalmente bueno. Pero detrás de estas palabras no hay nadie quien pueda tomar influencia sobre mi situación. En cambio un “¡Aleluya!” me ayuda a quitar la vista de mí mismo y dirige mis pensamientos a Dios, al que es dado todo el poder.

Nuestros elogios pueden ser diferentes: pueden ser cantados en voz alta y llenos de alegría (Sal. 106:1,2). Pero también hay una alabanza que viene del dolor cuando los caminos de Dios son difíciles y enigmáticos para nosotros (Job 1:21b). En otras ocasiones se canta con esperanza (Sal. 56:11-13). En el último libro de la Biblia se canta la alabanza a varias voces con júbilo y con son de triunfo (Ap. 19:1-9). En vista a este futuro glorioso podemos decir en un nuevo sentido: “¡ánimo!”: “levante la vista a este Dios, que hoy está a su disposición, Él va con usted. Él es el verdadero Rey y Señor. ¡Aleluya!”



Día 2

Salmo 146:1,2; 103:1-4

Vivir – Amar – Alabar

¿Cuándo fue la última vez que usted ha elogiado a alguien? Sabemos por experiencia propia lo mucho que un elogio puede fortalecer y motivar. Esto se aplica tanto a los niños como a los adultos. Es increíble que a menudo nos “servimos” de los errores, tal vez decorado con un pequeño elogio, pero el efecto sigue siendo negativo.

Muchas cosas juzgamos de acuerdo a nuestra percepción e interpretación subjetivas. En la relación con Dios puede ser similar: Si Dios no cumple nuestros deseos, la alabanza se queda en el camino, y preferimos alimentar nuestra decepción o nuestras dudas. ¿Pero ha cambiado Dios en tales situaciones? ¿Ya no es aplicable el mensaje bíblico de que Dios es amor, luz, misericordia, bondad amabilidad y verdad? (Comp. 1.Jn. 4:8; 1:5; Sal. 25:6; Tit.3:4; Jn. 1:14.) ¿Acaso Dios ya no es digno de ser alabado, cuando actúa de manera diferente a mis deseos?

El pastor Heinrich Stuhmann (1869-1940) escribió: “Hay tres grandes efectos que están unidos y solo su sonido en conjunto produce la verdadera armonía en el alma humano: vivir – amar – alabar. Vivir con Dios significa amar a Dios. Pero amar a Dios hace que el corazón esté tan lleno y tan alegre que la alabanza se convierte en la acción cotidiana del hombre. Donde ya no se alaba a Dios, ya no se le ama; y quien ya no ama a Dios, ya no vive, está muerto y frío por dentro, quieto y rígido”.

Entonces la falta de alabanza a Dios puede ser un indicio de que en nuestra relación con Dios falta el amor. Al que mucho se le da, éste ama mucho (Lc. 7:47). El que ama, le gusta alabar: “Pero alégrese todos los que en ti confían; den voces de júbilo para siempre, porque tú los defiendes; en ti se regocijen los que aman tu nombre” (Sal. 5:11).



Día 3

Salmo 146:3,4; 118:8,9

La ayuda humana es limitada

Terremotos, inundaciones y otras catástrofes nos muestran una y otra vez con dolor los límites de la acción humana. Incluso si hacemos ofertas o promesas de ayuda con las mejores intenciones, no sabemos si veremos el día siguiente. Por eso el apóstol Santiago escribe: “Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece. En lugar de lo cual deberíais decir: si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello” (Stg. 4:14b,15).

El pueblo de Israel confiaba, muchas veces en situaciones difíciles, en gobernadores extraños. Jeremías advirtió por mandato de Dios de no confiar en la propia fuerza y poner la confianza en hombres en vez de Dios (lea Jer. 17:5,6; comp. Sal. 20:7; 52:8,9). Sin embargo: “La tentación de prenderse de hombres y esperar de ellos ayuda, protección y salvación, es muy grande. La fe se dirige al Dios invisible, se apega solo a su promesa. Los hombres y sus medidas de presión o de ayuda en cambio son visibles y tangibles” (H. Lamparter).

El rey Ezequías se ha portado de manera ejemplar. Cuando la gran potencia asiria se apoderó de su país, animó a su pueblo: “¡Sed confiados y valientes! No tengáis miedo del rey de Asiria ni de su poderoso ejército que lleva consigo. Él tiene solamente hombres a su lado. Pero de nuestro lado hay un poder mucho mayor. El Señor está a nuestro lado, Él luchará por nosotros” (2.Cr. 32:7,8 trad. libre). Ezequías sabía que: los hombres no tienen la última palabra sobre nuestra vida, por más poderosos que sean. Ellos también dependen del Señor sobre la vida y la muerte.

Por eso también nosotros le honramos y le alabamos.



Día 4

Salmo 146:5

Al que tiene a Dios como ayudador le va bien

Muchos estiman los logros de sus proyectos de vida como felicidad. El salmista habla de una felicidad que va mucho más allá: “Dichoso aquel cuya ayuda es el Dios de Jacob, cuya esperanza está en el Señor su Dios” (Sal. 146:5 NVI). ¡Dios quiere ser nuestro ayudador! ¡Hoy! Ninguna llamada de emergencia se desoye (Sal. 50:15).

Porque Dios ve más allá, tiene una amplia visión y ve mucho más profundo que nosotros, su ayuda puede ser distinta a lo que deseamos o esperamos. Nosotros quizás esperamos una solución inmediata de un problema. Pero Dios lo quiere utilizar para darnos una ayuda más amplia, por ejemplo ejercitar nuestra fe respecto a la confianza, la paciencia, el amor y la humildad (comp. Sal. 107:10-16).

Llama la atención que a Dios se le llame en este contexto “el Dios de Jacob”. Recordemos: Jacob es el hijo de Isaac, quien para conseguir su propio provecho engañó a su padre y a su hermano; un hombre que puso condiciones antes de querer seguir a Dios y que luchó finalmente con Dios aferrándose a Él con el valiente pedido: “¡No te dejaré si no me bendices!” (Gn. 32:26). Dios lo bendijo y le dio un nuevo nombre: Israel, el que lucha con Dios.

Dios no tiene problemas de tratar con personalidades difíciles. Casos sin esperanza no existen para el Dios de amor, que puede renovar los corazones (lea Ez. 11:19,20; 2.Co. 5:17). El Dios de Jacob es el Dios viviente, el que no es sobre exigido tampoco con nuestros límites y dificultades y el que quiere lo mejor para nosotros (comp. Ro. 8:32).

“No es posible imaginarse lo que Dios puede hacer con los pedazos de nuestra vida, cuando se los entregamos enteramente a Él” (B.Pascal (1623-1662) filósofo y científico francés)

Por eso, ¡entreguémosle confiadamente aquello que nos molesta y esperemos su ayuda!



Día 5

Salmo 146:5,6

Al que pone en Dios su esperanza le va bien

En el siguiente paso el salmista dirige nuestra vista al poder y a la gloria de nuestro Creador. Cuando hablamos del Dios de Jacob, hablamos del Señor que creó todas las cosas. Otro salmista confiesa: “Mi ayuda proviene del Señor, creador del cielo y de la tierra” (Sal. 121:2 NVI). Hay esperanza, si pertenezco a aquel que solo tiene que hablar una palabra, y ya está hecho (Sal. 33:9), el que conoce el futuro y lo moldea. Y éste Dios es al mismo tiempo un Dios fiel, confiable y digno de confianza: “Mas tú, Señor, Dios misericordioso y clemente, lento para la ira, y grande en misericordia y verdad” (Sal. 86:15; comp. 1.Co. 1:9; 1.Ts. 5:24).

Me da confianza cuando le digo a Dios que creó todo y lo mantiene fielmente: Eres mi esperanza. ¡En ti confío! Estoy ansioso por ver cómo resuelves mi problema. Estoy ansioso por ver cómo me llevas a través de la crisis. Estoy ansioso y esperanzado porque eres fiel y fiable.

Con el cantautor Paul Gerhardt podemos decir:

“Tu fidelidad eterna y tu gracia, oh Padre, sabe y ve lo que es bueno o malo para los mortales; y harás lo que tú elijas, oh héroe fuerte, harás lo que agrada a tu consejo.

Siempre encuentras un camino, no te faltan medios; tu obra es pura bendición, tu senda es pura luz; nadie puede impedir tu obra, ni tu trabajo puede fallar, cuando quieres hacer el bien para tus hijos.

Acaba, oh Señor, acaba con todas nuestras angustias; afirma nuestros pies y manos, y ampáranos con tu cuidado y tu fidelidad hasta la muerte; así nuestros caminos irán ciertamente al cielo”.



Día 6

Salmo 146:6,7; Isaías 58:6-11

Dios es fiel

Nuestro Señor es un Dios “que guarda fidelidad para siempre. El salmista enumera algunos ejemplos donde se muestra la fidelidad de Dios:

1. *Él hace justicia a los oprimidos, y da de comer a los hambrientos*

La historia del pueblo de Israel es una prueba evidente. Dios sacó a su pueblo de la esclavitud de Egipto y lo sustentó en el desierto con alimentos (Éx. 16:11,12). Hasta el día de hoy Dios muchas veces cuida de manera maravillosa a sus hijos.

Esto experimentaron los creyentes en Myanmar. Aun teniendo la cartilla de racionamiento les negaron su derecho de alimentos. Desesperado un padre llegó a su casa con las manos vacías. Su familia ya hace dos días no tenían nada para comer. Entonces, ¡gran sorpresa: él encontró bolsas con arroz, verduras, aceite y mucho más! Algunos miembros de la organización “Open Doors”* habían traído los alimentos justo a tiempo. (Lea (Stg. 2:14-17.)

2. *Él pone en libertad a los cautivos (NVI)*

Quizás el orador pensaba en José que estaba en la cárcel injustamente y Dios lo liberó (Gn. 39:21; 41:37-40). ¿Pero cómo podemos alabar la fidelidad de Dios, cuando no experimentamos la misma ayuda? Cuanto más tiempo nos encontramos en una situación difícil, tanto más seriamente se pueden deslizar las dudas en la fidelidad de Dios.

Dietrich Bonhoeffer** que se encontraba en la cárcel en una situación sin esperanza, entregaba a Dios su anhelo de libertad. Así lo atestigua su poema “Etapas de libertad”: “Genial transformación. Las manos fuertes y activas están atadas, Impotente, solo, ves el final de tu acción. Pero das un suspiro y pones la justicia en manos más fuertes, y te quedas quieto y tranquilo. Por un momento tocaste gozoso la libertad, luego la entregaste a Dios para que Él la completara gloriosamente”. Consolado por Dios fue llevado a una libertad muy distinta, a la libertad de la vida eterna.

*“Open Doors” se ocupa globalmente por los cristianos perseguidos

** Dietrich Bonhoeffer (1906-1945), teólogo, miembro de la iglesia confesora, ejecutado en el centro de concentración Flossenbürg

Día 7

Salmo 146:8

Ojos abiertos

3. El Señor da vista a los ciegos (NVI)

En el Antiguo Testamento, este milagro es uno de los signos distintivos del Siervo de Dios, del Mesías (comp. Is. 42:1,6,7). En el Nuevo Testamento vemos cómo Jesús cumple la promesa sanando a los ciegos con autoridad divina y revelando el poder salvador de Dios. (comp. Lc. 18:35-43; Jn. 9:1-7; Mt. 11:5).

Gracias a Dios hoy en día muchas enfermedades de los ojos se pueden curar con la medicina. Una mujer que sufría de catarata, contaba muy feliz que la operación había sido exitosa y que ahora podía leer nuevamente. Antes de saber su diagnóstico, había limpiado muchas veces las ventanas que ya estaban limpias, porque pensaba que estaban sucias. También nosotros podemos “limpiar” en el lugar incorrecto de nuestra vida, cuando nuestros ojos del corazón están oscurecidos o ennegrecidos para Dios. La ceguera espiritual es peligrosa (lea Ap. 3:17,18).

Nosotros necesitamos “el ojo que ve”, que solo Dios puede dar (Pr. 20:12). Por eso Jesús no daba solamente a los ciegos la vista, sino que otorgó a los hombres la visión espiritual para reconocerle a Él. Así los habitantes de la ciudad de Sicar descubrieron: “verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo” (Jn. 4:42b; comp. Jn. 6:68,69; 9:35-38).

Una y otra vez necesitamos un nuevo y directo encuentro con Dios, un reconocimiento existencial de saber quien es Jesús. Él nos puede hacer ver, dónde nos hemos ennegrecido respecto a su voluntad y su verdad.

¿Acaso hay áreas, a los que le niego a Dios el acceso? ¿En qué aspecto deseo una nueva y clara visión para mi vida? La palabra de Dios abre los ojos, porque Dios se revela en ella. Con el salmo 119:18 puedo orar: “Ábreme los ojos, para que contemple las maravillas de tu ley” (NVI)

Pablo oraba por los cristianos en Efeso: “Pido también que les sean iluminados los ojos del corazón para que sepan a qué esperanza él los ha llamado” (Ef. 1:18a NVI).

Día 8

Salmo 146:8; Lucas 13:10-17

El amor levanta

4. El Señor levanta a los caídos y ama a los justos

De esta verdad Ana podía “cantar”. Dios escuchó su pedido por un hijo. Ella oraba: “Mi corazón se alegra en el Señor; en él radica mi poder” (1.S. 2:1a NVI; comp. Sal. 3:3). La motivación de Dios es el amor (comp. Dt. 23:5; 33:3). ¿Acaso habrá una inseguridad en su relación con Dios por la cual usted se pregunte: me amaré sólo cuando me comporto correctamente?

Una madre contó de sus dos hijos, cuyas conductas a menudo tenían que ser reprendidas con severidad por sus padres. Durante las vacaciones, se acurrucaron en el seno de su madre y le preguntaron: “¿nos amas?” El “sí, os amo” de la madre hizo respirar a los niños. Todo estaba bien, a pesar de su mala conducta y de las consecuencias que siguieron a sus acciones.

En la parábola (Lc.15:11-24), el hijo menor, humillado por su culpa, es levantado por el amor de su padre y recibe, aún sin merecerlo, su dignidad como hijo nuevamente. Su arrepentimiento y su regreso le permiten experimentar el amor paterno, que existía desde siempre.

Nosotros experimentamos este amor paternal no en la distancia de Dios, sino cuando buscamos su cercanía: “Siéntanse orgullosos de su santo nombre; alégrese el corazón de los que buscan al Señor. Recurran al Señor y a su fuerza; busquen siempre su rostro” (Sal. 105:3,4 NVI).

Dios nos justifica por su perdón (Ro. 3:23,24). Siempre, cuando nos sentimos humillados, sea por injusticia de otros o por propia conducta incorrecta, Dios en su amor, nos quiere levantar nuevamente. Las cargas que nos pesan, no siempre nos las quita, pero Él las quiere llevar junto con nosotros. “Bendito sea el Señor, nuestro Dios y Salvador, que día tras día sobrelleva nuestras cargas” (Sal. 68:19 NVI).



Día 9

Salmo 146:9; 68:5,6; Deuteronomio 10:17-19

Dios y nosotros

5. *Él protege al extranjero y sostiene al huérfano y a la viuda*

Israel conocía la decisiva actitud de Dios frente a los débiles de manera especial. Dios encargó al pueblo la obligación de cuidado correspondiente (lea Éx. 22:21-24). Un expositor escribe: “Si de veras amamos a Dios, entonces también amamos a aquellos que necesitan la ayuda de Dios, y así haremos todo para ayudarlos a ellos. Una vida de amor es más que gozarse del amor de Dios, pues, nosotros debemos compartir este amor a los demás” (W. W. Wiersbe).

Así puede ser el amor de Dios que se vive hoy: una familia acoge a jóvenes refugiados. Esta se preocupa para encontrar un puesto de formación laboral para ellos. Los contactos de los jóvenes con otros inmigrantes ponen a prueba el hogar en varias ocasiones con una plaga de piojos. Sin embargo, la familia sigue siendo hospitalaria y vive el amor de Jesús ante ellos. Algunos jóvenes se separan de la familia y siguen sus propios caminos. Otros, en cambio, asisten con interés a los servicios religiosos.

No cualquiera puede preocuparse de esta manera por refugiados e inmigrantes. Pero existen posibilidades: mostrar interés por ellos y su trasfondo cultural, invertir tiempo para interceder, tratar a los extranjeros siendo amables y bendiciéndolos.

También las viudas y los huérfanos están vistos por el amor de Dios. “La religión pura y sin mancha delante de Dios nuestro Padre es ésta: atender a los huérfanos y a las viudas en sus aflicciones” (Stg. 1:27a NVI). Una visita, una llamada telefónica, prestar tiempo y atención, acompañarlos a una oficina, un saludo escrito ... Hay muchas posibilidades para prestar consuelo y acompañamiento a aquellos que tienen que soportar tantas pérdidas. Quizás Dios me muestra también a alguien que está en camino equivocado, rechazando a Dios (comp. Is. 53:6; 1.P. 2:24,25). “¿Señor, para quién puedo ser hoy un mensajero de tu amor?”



Día 10

Salmo 146:10

¡Dios reina para siempre! ¡Aleluya!

El reinado de Dios está sobre este día y todos los días venideros. Es importante tener esto en cuenta no sólo para nuestra vida personal, sino también para los asuntos mundiales. Dios ayuda, libera, levanta, guarda y crea nuevas condiciones. “Él muda los tiempos y las edades; quita reyes, y pone reyes” (Dn. 2:21a). También los que han dado la espalda a Dios, están bajo su dominio. Ninguno, solo “El Señor de señores” (1.Ti. 6:15b) dice la última palabra sobre los poderosos y los impotentes, sobre el hoy y el mañana de todo el mundo, sobre mi vida y mi muerte.

Porque es así, podemos plantar tranquilamente “nuestro manzanito” de acuerdo con la fe de Martín Lutero, de quien existe el dicho: “Si supiera que el mundo se acabaría mañana, hoy plantaría un manzano”. En una parábola, Jesús comanda a sus seguidores: “¡Negociad entre tanto que vengo!” (Lc. 19:13).

Hay muchas oportunidades – con poca o mucha fuerza – dar todo de sí por Jesús y su reino. Pidámosle a que nos muestre, cómo debemos practicarlo. Por ejemplo puede significar, negarse a contradecir y bendecirle al otro (lea 1.P. 3:9).

Nuestra vida y servicio bajo el gobierno de Dios nunca será en vano, nuestro esfuerzo será recompensado (lea 1.Co. 15:58). Nuestra esperanza y nuestra confianza se alimentan por la certeza de que el Señor es el Rey eterno (comp. Sal. 29:10; Jer. 10:10a). Lo decisivo es que podamos decir: “mi Rey y mi Dios” (Sal. 44:4a). El que pertenece a Él, será coheredero en su reino en la eterna gloria (Ap. 21:1-7). Por eso nunca podremos alabarlo de manera suficiente. “¡Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos! Amén” (1.Ti. 1:17).


